

## DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

### NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació SALAS en la villa de Jaraicejo, provincia de Extremadura. Fué Capellan Mayor de la Real casa de Santa María Magdalena de Recogidas de Madrid, y Académico honorario de la Academia de San Fernando. En 1797 publicó en Madrid la coleccion de las poesías que hasta entónces habia escrito, dedicando esta coleccion á su hermano el general don José de Salas. El primer tomo comprende el *Observatorio rústico*, del cual se habian ya hecho cinco ediciones, la parte principal de los *Elogios poéticos* publicados en 1773, y varias poesías sueltas, *sérias* y *jocosas*. El segundo tomo está dedicado á la paráfrasis en verso castellano de las *Lamentaciones de Jeremías*, himnos, cánticos y secuencias de la Semana Santa y Pascua de Resurreccion, y otros cantos sagrados. Contiene ademas este tomo el *Compendio práctico del púlpito*, obra en prosa del mismo autor.

La vida de DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS fué tan sosegada y tan sencilla, que no sería aventurado decir que este hombre excelente y modesto no puede tener biografía. Toda ella se reduce á un simple recuerdo de sus virtudes evangélicas.

Este recuerdo está consignado en el epitafio y en la breve noticia que consagró á SALAS don Leandro Fernandez de Moratin, los cuales nos complacemos en reproducir aquí.

C.

### EPITAFIO PARA EL SEPULCRO DE DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

En esta veneranda tumba, humilde  
Yace Salicio: el ánima celeste,  
Roto el nudo mortal, descansa y goza  
Eterno galardón. Vivió en la tierra  
Pastor sencillo, de ambición remoto,  
Al trato fácil y á la honesta risa,  
Y del pudor y la inocencia amigo.  
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.  
Su corazón, como su lengua, puro,  
Amaba la virtud, amó las selvas.  
Díole su plectro, y de olorosas flores  
Guirnalda le ciñó, la que preside  
Al canto pastoril, divina Euterpe.

### NOTA BIOGRÁFICA DE SALAS, ESCRITA POR MORATIN.

DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS, Capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso, se hallan algunos muy preciosos. El *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de San Anton*, y alguna otra de sus obritas burlescas merecen leerse. Su persona valía más que sus escritos.

El Príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle y darle alguna de las mejores prebendas de España. SALAS se lo agradecía, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenía un hermano Exento de Guardias, y

una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de SALAS, que iba al estribo del Rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco*. Mandó el Rey parar el coche, y que llamase al capellan, el cual se acercó sin admiracion, sin timidez ni orgullo. Le habló el Rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenía de leérselos á la Reina; le encargó que no dejase de enviarle, por medio de su hermano, cualquiera cosa que en adelante escribiese. SALAS, agradeciendo el favor de Su Majestad, prometió cumplir el encargo, despidiéndose, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya le suponía maestralesa de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatían fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrían á buscarle cuando le veían de lejos, le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto la merecía. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

### DE DON JUAN SEMPERE Y GUARINOS.

(Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III.)

El SEÑOR SALAS ha estudiado la naturaleza en sí misma, y, para mejor observarla, ha habitado muchas temporadas, de propósito, en el campo. Fabricó una casa rústica, á su manera; trató con labradores y pastores, no con el fastidio con que lo suelen hacer los cortesanos, precisados por la necesidad ó casualidad, sino íntimamente y como quien encontraba en aquel género de vida su complacencia, informándose de todas sus prácticas y acciones. Por eso las pinturas son las más propias y exactas. Pero algunos echan ménos en ellas la belleza ideal, esto es, aquella elegancia y noble gracia con la cual los mejores maestros hacen más agradable la misma naturaleza, escogiendo de ella lo más hermoso, y quitando las imperfecciones que chocan al sentido.

## POESÍAS.

### DALMIRO Y SILVANO.

#### ELOGIO DE LA VIDA DEL CAMPO, EN VARIOS METROS.

*Beatus ille qui procul  
negotii, etc.  
HOR., Epod., Od. 2.*

#### SILVA.

#### DALMIRO.

Dichoso aquel que, como tú, Silvano,  
Distante del bullicio  
De las grandes ciudades y la corte,  
Habita el campo sano;  
Lejos está del vicio,  
Y sólo la quietud sigue por norte;  
Yo con rumbo seguro  
Imitarte procuro  
En tu feliz reposo,  
Pues yo tambien pretendo ser dichoso.

#### SILVANO.

Enhorabuena sea,  
Y lo logres así, Dalmiro amigo,  
Como tu paz desea,  
Disfrutando conmigo  
Los abundantes bienes  
Que en estos valles á la vista tienes,

#### DALMIRO.

Yo, que fui largo tiempo cortesano,  
Como ya te canté pasados dias,  
Retirado á estos montes,  
Dejé el deleite vano,  
Y hallando aquí seguras alegrías  
En los anchos y claros horizontes,  
La mansion que este prado me prepara,  
Por el mayor palacio no trocará.

#### SILVANO.

Yo tambien, ciudadano en otro tiempo,  
Y en los quebrantos de la inquieta vida,  
Tocando el desengaño,  
Tomé la fiel medida,  
Para huir de las redes del engaño;  
Y habitando gozoso  
Este campo espacioso,  
No haya miedo que vuelva  
A dejar ya jamas la quieta selva.

#### DALMIRO.

Aquí, donde las cabras despeñadas  
Bajan precipitadas,  
Formando de la sierra en las mansiones,  
Con inquietas pendientes divisiones  
(Dando á las fuentes celos)  
Vivientes arroyuelos,  
En puros manantiales  
De los valles frondosos,

Bebemos puras aguas naturales,  
Sin resabios viciosos  
De civiles conductos,  
Las más veces dañosos,  
Pues sus artificiosos acueductos,  
De la cal ó metales,  
Infunden acrimonia á los raudales.

SILVANO.

Aquí donde la avena,  
Para nuestro contento,  
Nos da el rudo instrumento,  
Que por los montes cóncavos resuena,  
En vez de las heróicas poésias  
De los pasados dias,  
Gozosos componemos,  
En el modo más fácil que podemos,  
Para que alegres canten las pastoras  
En sosegadas horas  
Y coros unisonos,  
Sencillas letras y agradables tonos,  
Disfrutando pacíficos y gratos  
Castos amores y seguros tratos.

DALMIRO.

Aquí, donde despues del quieto sueño  
De la tranquila noche despertamos,  
Antes de amanecer, atentamente  
En el cielo observamos,  
Al tiempo ya de huir el triste ceño  
De las opacas sombras de Saturno,  
El Orion brillante por su turno,  
Y otras estrellas mil que conocemos,  
Que á los valles preparan la llegada  
De la risueña aurora sonrosada,  
Del canto de las aves aplandida,  
Anunciando á los montes la venida  
Del benéfico sol, que luego vemos  
Con radiantes vislumbres  
Dorar las altas puntas de las cumbres.

SILVANO.

Aquí, donde las plácidas pastoras,  
De intencion y de cuerpo siempre sanas,  
Se ven á todas horas  
Encarnadas, robustas y contentas,  
Con vestiduras anchas y sencillas;  
Al paso que las tristes cortesanas  
Oprimidas están y violentas  
Con estrechos vestidos y calzados;  
En los amenos prados  
De quieta paz gozamos y reposo,  
Y de toda discordia carecemos,  
La inquietud y el afan no conocemos,  
Y al fin, en este valle venturoso,  
En todo soy, Dalmiro, afortunado,  
Pero en mi triste amor, muy desgraciado.

DALMIRO.

Yo adoré una beldad allá en la córte,  
Que me dió muchos celos y quebrantos;  
Yo la quise, Silvano, por consorte,  
Y ella, siempre inconstante,  
Ocasiones le dió de muchos llantos  
A mi pecho verídico y amante;  
Era vana y altiva,  
Voltaria y vengativa,  
Pues con raro capricho y ligereza  
Despreciaba el teson de mi firmeza,  
Y entre tantos galanes como via,  
Su corazon mudaba cada dia;  
Pero aquí la pastora  
A quien el alma adora,  
Es sencilla y segura,  
De una firme verdad y una fe pura,  
Y á su bondad atento,  
Yo no puedo explicarte mi contento.

SILVANO.

En el amor dichoso que me cuentas,  
Mi fortuna á la tuya en todo cede,  
Pues al revés con Filis me sucede,

DALMIRO.

Cuéntame, pues, de Filis los rigores,  
Y tus amantes ansias violentas,  
Y te diré de Dóris los amores.

ANACREÓNTICAS.

SILVANO.

Pues escucha el dolor del alma mia,  
Por corto desahogo de mi pena,  
Desde el primero dia  
Que la vi de mis ansias bien ajena:  
Sentada estaba Filis  
En un ameno prado,  
De mil flores sembrado,  
Habitacion frondosa de Amarillis;  
Con su mano graciosa,  
Ya una rosa cortaba,  
Ya un clavel deshojaba,  
Ya una abeja ahuyentaba temerosa,  
A las flores vecinas,  
Las otras más distantes  
Envidiaban amantes,  
Obsequiosas y finas,  
Pues á ninguna de ellas la pesára  
Estar donde su mano la alcanzára.  
A las ligeras aves  
Las alas les pedian,  
Para ver si podian  
Con impulsos suaves  
Volar sin embarazo  
Y venir á ponerse en su regazo.  
A veces con despejo  
Un pájaro espantaba,  
Y á veces con gracejo  
La mano atravesaba  
En alguna corriente,  
Y el agua detenía blandamente,  
En esto se empleaba,  
Así se divertía,  
Así pasaba el dia,  
Y pacíficamente reposaba;  
Mas yo, que la miraba,  
De amor y pena lleno  
Al ver mi triste seno  
Con tan duro quebranto,  
Exclamé al cielo santo:  
Haced que ella me quiera,  
Y que de penas muera,  
Como yo estoy pensando,  
Ya que ella de mi amor se está burlando.  
¡Oh Filis venturosa y sosegada!  
Hoy eres envidiada,  
Igualmente de mí que eres querida,  
Duelete de mi pena desmedida;  
Y pues en este prado,  
En donde has reposado,  
Tu descanso se mira satisfecho,  
Vuélvete hácia mi pecho,  
Y como te has holgado con las flores,  
Hazlo con mis amores.  
A este punto llegaba  
De mi razonamiento,  
Cuando mirando atento,  
Vi que se levantaba;  
Yo quedé sin aliento  
Al ver que con ligera planta esquivaba  
Por el valle se iba,  
Y aumentando su fuga mi tormento  
Con las echadas flores de su asiento,  
Que por irla mirando,  
Poco á poco se fueron levantando;  
Ellas y yo, cual girasol amante,  
Siguiendo su semblante,  
Extendiendo los cuellos,  
A ver sus pasos bellos,  
Observándola fuimos,  
Hasta que al fin de vista la perdimos;  
Y ellas en pié otra vez de aquesta suerte,  
Esperando su vida y yo mi muerte,

Quedamos á porfia  
A ver si vuelve Filis otro dia  
A hacer de ellas asiento  
Y á duplicar ingrata mi tormento.

DALMIRO.

Dóris y yo solemos  
Salir al verde prado muy temprano,  
Las redes y añagazas disponemos,  
Con que alegres cogemos  
Los pájaros que vienen sin medida,  
Con el calor molesto del verano,  
Al agua que por cebo les ponemos;  
Yo voy, y por mi mano  
En la red prevenida  
Escojo el más pintado y más gracioso,  
Y á Dóris con primor se le presento,  
Que llena de contento  
Le toma con ahinco presuroso,  
Le mira y le acaricia  
Con singular delicia,  
Y luego con su mano delicada  
El cuello le repasa muy contenta,  
Y la pluma le deja más sentada,  
Los cañones le cuenta  
De la cola y el ala,  
Y con alguna cinta le señala;  
Le toma por los piés, la mano ondea,  
Y ansioso por huir, él aletea,  
Y luego cuidadosa,  
Le recoge en el puño blandamente,  
Dejando descubierta solamente  
La cabeza graciosa,  
Le besa muchas veces en el pico,  
Le dice mil requiebros inocentes;  
Y de su cautiverio lastimada,  
De la mano apretada,  
Entre sus bellos dedos transparentes,  
Aflojándole va muy poco á poco,  
Y con tierno ademán, al fin le suelta,  
Él, tomando una vuelta,  
De regocijo loco,  
Va diciendo que Dóris es hermosa,  
Afable y generosa,  
Y en su canto fecundo  
Alabándola va por todo el mundo,  
Con halagüeño silbo y dulce acento;  
Y á casa nos volvemos al momento,  
Llenos de paz, descanso y alborozo,  
Con muchos pajarillos y más gozo.

SILVANO.

Yo vi sobre un romero  
Un pájaro ligero,  
Que hácia el suelo volaba,  
Y en la hierba picaba,  
Al romero subía,  
Y alegre gorjeara;  
Filis, que le vió un dia,  
Contenta le llamaba;  
El pájaro venía,  
Y en su mano posaba;  
Con él se divertía,  
Y luego le soltaba;  
El pájaro volvía,  
Y así se recreaba  
En cogerle y soltarle todo el dia;  
Y al ver el pajarillo afortunado,  
De crecido dolor arrebatado,  
Le dije pesaroso:  
¡Quién así como tú fuera dichoso!

DALMIRO.

Al pié de un alto fresno recostado,  
Junto á la fresca márgen de un arroyo,  
Entre el blando susurro de las aguas,  
De la mansa corriente  
A la sombra feliz tranquilamente,  
Escuchaba, de gozo enajenado,  
Sobre el ligero apoyo  
De un florido ramillo,  
A un alegre y pintado pajarillo,

Que con dulce gorjeo  
En el valle ofrecía  
Grata satisfaccion á mi recreo  
En la quieta estacion del mediodia,  
Cuando improvisamente  
Advertí que, asustado de repente,  
El pájaro tomando recio vuelo,  
Se remontó hasta el cielo;  
Sentí pasos, y al punto volví airado  
A ver el agresor inadvertido  
Que le habia espantado,  
Cuando vi, con fortuna de mi alma,  
A mi dueño querido,  
Que á mi pecho traía mayor calma;  
Y en tan feliz acaso,  
Acercándose á mí con dulce paso,  
Trocando en alegría el sentimiento,  
La dije, poseido de contento:  
Llega, Dóris hermosa,  
Y á esta sombra crecida,  
Que con el fresco viento,  
A la paz y al descanso nos convida,  
Sentada sobre el verde pavimento,  
A mi lado reposa,  
Y ojalá, bella Dóris, si te fueras,  
Que mil veces volvieras,  
Aunque mil pajarillos me espantáras,  
Y otras mil diversiones me quitáras.

SILVANO.

Una clara mañana  
Del Mayo delicioso,  
Cuando el sol coronaba  
Los matizados chopos,  
Cuando el céfiro blando,  
Con halagüeños soplos,  
Movía de los sauces  
Los pendientes adornos,  
De las rústicas vides,  
Que entre lupios viciosos  
Y entretejidas hiedras  
Guarnecían sus troncos,  
Con cuyo dulce ruido  
El jilguero canoro  
En repetidos trinos  
Alternaba gozoso  
Entre las espesuras  
De los crecidos olmos,  
Al compás del susurro  
De los mansos arroyos,  
Cuando el florido espino  
Por el espacio todo  
De la tranquila selva  
Esparcía copiosos  
Perfumes, que de aromas  
Inundaban el soto,  
A divertir mis tristes  
Cuidados amorosos  
Salté, poblando el aire,  
Con lamentable tono,  
De repetidas quejas,  
En ayes lastimosos;  
Y al llegar á una fuente  
Escuché sobre el tronco  
De un solitario fresno  
Los arrullos quejosos  
De una tórtola triste,  
Que de su ausente esposo  
Se quejaba afligida,  
Y con acento bronco,  
Parece que á las otras  
Decía de este modo:  
Ya no hay fe en los amantes,  
Ya no hay amor dichoso,  
Ya es todo fingimiento,  
Ya es inconstancia todo;  
Al escuchar su pena,  
Vi que no era yo solo  
De un amor desgraciado  
Miserable despojo;  
Y si la tortolilla,  
Ejemplo tan notorio

Del amor más constante,  
Publica con asombro  
Que su esposo la deja  
En cruel abandono,  
¡Qué haré yo de una ingrata,  
Que siempre con enojo  
Escucha mis suspiros,  
Lamentos y sollozos?  
Y pues no hay otro medio  
En trance tan penoso,  
Llore la tortolilla,  
Llore, y lloren mis ojos.

DALMIRO.

Celoso estuve un tiempo  
Por un soñado agravio  
De mi Dóris querida;  
Y con duro despecho,  
Desatando mi labio  
En queja repetida,  
Di libertad á mi sentido pecho;  
Mas Dóris, que inocente  
De tal traición se hallaba,  
Me escuchó muy serena  
En la frondosa margen de una fuente;  
Y al ver que no cesaba  
De repetir mi pena,  
Trazó con un engaño  
Ingenioso y amante  
Apaciguar mi daño,  
Y mostrar de su afecto lo constante.  
«Tienes razón, me dijo;  
Detras de la espesura  
Que cubre el agua clara  
De aquesta fuente pura,  
Está, según colijo,  
Oculta de mi bien la bella cara;  
Asómate, que al punto  
Verás en sus cristales  
La causa de tus males;  
Observa en su trasunto  
Esto que te prevengo,  
Y verás la razón que en ello tengo.»

Y yo entonces celoso,  
Apartando las ramas,  
Que la fuente cubrían,  
Me asomé presuroso,  
Y entre las verdas lamas,  
Que las frescas orillas guarnecían,  
En un pequeño trecho  
Por donde el agua estaba descubierta,  
Vi mi semblante airado;  
Yo me quedé admirado,  
Alegre y satisfecho,  
Resucitando mi esperanza muerta;  
Contempléme dichoso,  
Y conociendo de mi Dóris bella  
El enigma ingenioso,  
Mitigué mi querella;  
Y viendo ya mi dicha declarada,  
Con voz apresurada,  
Muchas veces alegre repetía:  
Este soy yo; ¡qué dicha, Dóris mía!

SILVANO.

Yo también con razón poco fundada  
De Filis tuve celos cierto día,  
Y ella, de mis congojas enterada,  
Al oír de mis quejas la porfía,  
Para hacerme tocar el desengaño,  
Y aumentar más mi daño,  
Sin dejarme resquicio de esperanza,  
Y hacerme ver que á mi ni á nadie quiere  
(Como de su respuesta bien se infiere),  
En tono de desprecio, burla y chanza,  
Con semblante severo,  
Me dijo displicente:  
«Ten celos de mi propia solamente,  
Pues yo, si no á mi misma, á nadie quiero.»

DALMIRO.

Mi Dóris cada día

En sus cerrados huertos  
Registra los botones de las flores,  
Y con gran alegría,  
Cuando ya los ve abiertos,  
Por pagar mis amores  
Los recoge contenta,  
Y las primeras flores me presenta.

SILVANO.

Pues Filis, siempre ingrata,  
En los fieros rigores y despegos  
Con que continuamente me maltrata,  
En vez de bellas flores peregrinas,  
Sólo ofrece á mis ruegos  
Desdeñosas y trágicas espinas.

DALMIRO.

El día venturoso  
Que á mi Dóris hermosa  
Dije que para esposa la quería,  
Modesta y vergonzosa  
El rostro con la mano se cubría,  
Y por donde la mano no alcanzaba,  
El honesto carmin se descubría,  
Que testimonio daba  
De su puro candor y su recato;  
Disimuladamente se reía,  
Y me miraba con semblante grato;  
Quería responder y se turbaba,  
Y á decirme su amor no se atrevía;  
Con el afecto y el pudor luchaba,  
Y articular palabra no podía;  
Con sus modestos ojos declaraba  
Lo que su honesto labio no decía,  
Y yo, que en las señales que me daba,  
Mi venturosa suerte conocía,  
Por feliz me contaba,  
Y ya desde aquel día,  
Al ver su corazón casto y sincero,  
Si antes la quise mucho, más la quiero.

SILVANO.

Pues yo, siempre confuso y desdichado,  
A Filis declaré mi pensamiento,  
Y en vez de recibirle con agrado,  
En cólera encendida y descontento,  
Me dijo con disgusto y con franqueza  
Que perdería el tiempo y la fineza;  
Y aún, con un desengaño tan visible,  
Yo no puedo olvidarla, ni es posible.

DALMIRO.

Escondido en el soto el otro día,  
A Florindo escuché, que así decía:

## ENDECHA REAL.

Al pié de un alto fresno  
Se quejaba Florindo  
De su edad avanzada,  
Y de su triste misero destino.  
¡Ay juveniles años,  
Ay semblante florido,  
Ay venturoso tiempo  
En que de las pastoras fui querido!  
¡Ay edad, repetía,  
Cuyo dulce atractivo  
Los ojos arrastraba  
Del corazón más duro y más esquivo!  
Tú, valle, en otro tiempo  
Tú fuiste buen testigo  
De los gratos amores  
Que disfruté á la orilla de este río.  
De la rubia Luisinda  
Poseí los sencillos  
Casi pueriles brazos,  
Primer amor que tuvo el pecho mio.  
Eramos tan pequeños,  
Que mi labio lampiño  
Aun no estaba cubierto  
Del varonil reciente negro viso.

¡Qué inocentes requiebros  
Y qué halagos tan finos  
Ocuparon las horas  
De aquel feliz pasado tiempo antiguo!  
Tú, Jerte, bien lo sabes,  
Pues á tu cristalino  
Claro raudal mil veces  
Enamorados celos nos pedimos.  
Tú llevabas al Tajo  
Los secretos avisos  
De mis satisfacciones,  
Y otras veces también de mis suspiros.  
El día que no hallaba

En el soto sombrío  
A mi amada Luisinda,  
Con mi llanto corrias más crecido,

Mil veces te paraste  
A ver nuestros cariños,  
Y otras mil, de mis dichas  
Envidioso, seguiste tu camino.  
No permití el estado  
De civiles caprichos  
Que enlazase Himeneo  
Nuestros enamorados albedríos.  
En tan duro quebranto,  
En dolor tan crecido,  
Por no morir de pena  
Retirarme á otro valle fué preciso.

En él de otras zagalas  
También gocé benigno  
Venturosos amores,  
Y así pasé los años más propicios.  
Pero ya que mis canas,  
Con modo intempestivo,  
Del tiempo, que aún no tengo,  
Anticipadas, son falsos testigos.

Dorinda me desprecia,  
Y con desden altivo  
Se ofende de los ayes  
Que desde aqueste tronco la dirijo.  
No quiere que la mire,  
Y con raro desvío,  
Huyendo de mi lado,  
Elige el más distante opuesto sitio.

De celoso me acusa,  
Sin ver que este delito,  
Si yo no la adorara,  
En la vida le hubiera cometido.  
Yo la vi en otro tiempo  
Que con menos esquivo  
Y ceñudo semblante  
Me permitía afable algún alivio.  
Pero ya me aborrece  
De suerte que imagino  
Que mis propios obsequios  
Serán ya mis mayores enemigos.  
Y pues soy desgraciado  
En todos mis designios,  
No encuentro más remedio,  
Que morir al rigor de mi martirio.

SILVANO.

Oyendo un pajarillo que cantaba,  
Y toda mi atención arrebatada,  
Contemplando mi muerte,  
Afligido le dije de esta suerte:

## ROMANCE.

Lisonjero pajarillo,  
Que en gorjeos y cadencias  
Ejecutas mil primores,  
Con voz grata y halagüeña,  
Sobre el natural apoyo  
De aquesta rama ligera  
Toma dilatado vuelo,  
Y cruzando las esferas,  
Acelera tu camino,  
Y al ameno sitio llega  
En donde la ingrata Filis

Sus ganados apacienta,  
Y esos mismos apacibles  
Gorjeos, que me recrean,  
Y otros muchos más, si sabes,  
Repítelos á ella:  
Diviértela, pajarillo,  
Y dilata...; pero ¡qué pena  
Cubre el pecho al contemplar  
Que de modo que te entienda,  
Nada le podrás decir  
Del rigor de tanta ausencia!  
¡Qué lástima, pajarillo,  
Que tú no sepas mi lengua!

DALMIRO.

Ausentábase Dóris de estos valles  
Al rayar la primera luz del día;  
Pero yo, desvelado y congojoso,  
A los más altos cerros me subía,  
Y con afán ansioso  
Por el largo camino la seguía;  
A veces me cansaba,  
Y en la florida tierra me sentaba,  
Y reparado ya por algún tanto,  
Volví á mi quebranto,  
Y subiendo á la cima de algún monte,  
Todo el ameno campo registraba,  
Hasta que descubría  
Señales de la prenda que buscaba;  
Ya divisar solía  
Por el triste horizonte  
La luz que se me huía;  
Y el polvo que el camino levantaba,  
Que como parda nube la cubría,  
De su situación seña me daba,  
Y de corto crepúsculo servía  
A la abundante luz que se alejaba,  
Cual suele por un rato escasamente  
Quedar iluminado el occidente.  
La vista al claro cielo levantaba,  
Las manos enlazaba y comprimía,  
A veces á la tierra me inclinaba,  
Y tan amargamente me afligía,  
Que las flores pisaba,  
Sin ver dónde el errante pié ponía;  
Triste me lamentaba,  
Y con voz lastimosa así decía:  
Yo pierdo en Dóris hoy una hermosura,  
Un talento y virtud, que igual no tienen,  
Un honesto agasajo y una gracia,  
Una sinceridad y un alma pura,  
Con otras muchas prendas que convienen  
A su grande belleza y mi desgracia,  
Pues su mérito aumentan,  
Y hoy á mi con su fuga me atormentan;  
No los rayos brillantes  
De costosos diamantes,  
No el rizado cabello  
De artificiosa mano,  
No el lustroso tejido,  
No el adorno del cuello,  
Ni alifio cortesano,  
No la nueva figura del vestido,  
El calzado pulido,  
El ajustado talle, ni otras cosas  
Que las damas hermosas  
Que viven en la corte  
Suelen seguir por norte,  
Con mil artificiosos aparatos,  
Que aprecian con tesón los insensatos,  
Me tienen, Dóris mía, de este modo;  
Que es sólo tu bondad, tu fe segura,  
Que eres tú sola, sola tu hermosura,  
Porque tú sola vales más que todo.

SILVANO.

Y la constante Dóris aquel día,  
Dejándote, Dalmiro, ¿cómo iría?

DALMIRO.

Ella, que violenta se ausentaba,  
Aun más triste se fué que yo quedaba.

SILVANO.

Pues yo con mayor pena,  
Aunque ménos dichoso,  
Otro día funesto y desgraciado,  
En que se ausentó Filis de este prado,  
Sentido y pesaroso,  
Con más justas razones me dolía,  
Y con sencillo amor la preguntaba  
Que cuándo volvería,  
Y ella, que como siempre me escuchaba  
De su grato tesón en la porfía,  
Jamás, me dijo con semblante fiero,  
Porque ya ningún día,  
Por no volverte á ver, volver no quiero.

DALMIRO.

Estos días pasados que del soto  
Algun tiempo, Silvano, ausente estuve,  
Oye una carta que de Dóris tuve:

«Pastor, que de mis ojos  
Ausente y fugitivo,  
Hace ya que te lloro,  
Sin encontrar alivio,  
Días que mi tormento  
Me los cuenta por siglos;  
Tú, que en los verdes prados  
De esos amenos sitios  
Vives entre zagalas,  
Alegre y divertido,  
Bien distante y ajeno  
De los tormentos míos,  
Has de saber que un día,  
Por templar mi martirio,  
Llegué hasta la cabaña  
Del rústico Salicio,  
Y en las floridas plantas  
De su bello recinto  
Una roja amapola  
Corté con regocijo,  
Y al tiempo de prenderla  
Sobre el blanco pellico,  
Al soplo violento  
Del céfiro atrevido,  
Se deshojó, volando  
Por desiguales giros;  
Yo, mirándola atenta,  
Al ver su fin marchito,  
Su frágil permanencia  
Y trágico destino,  
Afligida la dije,  
Con un tierno suspiro:  
A Dios, vivo retrato  
Del amor de Dalmiro.»

SILVANO.

Está fina, quejosa y bien dispuesta.

DALMIRO.

Pues escucha, Silvano, la respuesta.

OCTAVA.

Si la suerte de tí me tiene ausente,  
Y de mí fe constante recelosa,  
En mi memoria estás siempre presente,  
Y no tienes razón de estar quejosa;  
Mi corazón te adora firmemente,  
Sosiega, bella Dóris y reposa,  
Pues con tanta experiencia, yo me admiro  
Cómo piensas así de tu Dalmiro.

SILVANO.

En la oculta mansion de una arboleda,  
Filis el otro día  
Cantaba sosegada  
Con dulce melodía,  
Creyendo que de nadie era escuchada;  
Pero yo, que la oía,  
De repente salí lleno de gozo,  
Y rendido á sus piés, con alborozo  
La dije la siguiente poesía:

MADRIGAL.

Si el celebrado díos de los poetas  
Pudiera, por milagro de su lira,  
Hacer que en todo el orbe resonara  
El dulce acento que tu voz respira,  
¡Oh cuánto su poder se celebrara  
Por todos los espacios que el sol gira!  
¡Cuánto la bella fama no cantara  
Por el clarín retórico que inspira!  
¡Y cuánto dignamente  
La venturosa gente,  
Con mil admiraciones,  
Te llenaría al fin de aclamaciones!  
Mas yo, en nombre de todos,  
Te tributo infinitos rendimientos,  
Pues todos son debidos  
A tus altos talentos,  
Y músicos primores nunca oídos,  
Jamás debidamente celebrados,  
Ni jamás con el oro bien pagados;  
Pues si el oro es un premio que se encierra  
En los groseros senos de la tierra,  
Tu mérito contemplo,  
Que sólo en los Eliseos tendrá ejemplo:  
En ellos con Tersicore reposes,  
Y la diestra Calíope te alabe  
Con su heroica grandeza,  
Como tú lo mereces y ella sabe,  
Pues ésta es la moneda en que los dioses  
Dieron el justo precio á tu destreza,  
Siendo las dos, dos prendas inspiradas,  
De su sagrado nímén derivadas,  
Tocando peregrinas  
En la suprema clase de divinas.  
Escuchó mis obsequios, pero, ingrata,  
En vez de agradecer mi elogio justo,  
Manifestó disgusto,  
Y en venganza juró, con duro pecho,  
No volver á cantar, y así lo ha hecho.

DALMIRO.

Al concertado son de su instrumento,  
Dóris también cantaba una mañana,  
Llenando de armonía el claro viento,  
Porque mi Dóris bella  
En cantar y tañer es soberana.  
Oye, en elogio de ella,  
El siguiente soneto, que gozoso,  
La dije enamorado y obsequioso:

SONETO.

Herido de tu voz el dulce viento,  
Tañido el instrumento por tu mano,  
Jamás el valle oyó tan soberano,  
Delicado, armonioso y grato acento:  
Suspense el prado y á tu voz atento,  
Al escuchar que excede de lo humano,  
Convencido confiesa que es en vano  
Buscar otra delicia ni contento.  
Transformada en graciosa Filomena  
La dulce agilidad de tu garganta,  
Prodigiosa tu mano en cuanto toca  
Con halagüeño impulso y voz serena,  
La suave dulzura que me encanta,  
Destilas por tu mano y por tu boca.

Escuchóme contenta, y desde entonces  
Canta todos los días, muy pagada,  
Sólo por saber ya que á mí me agrada.  
Oye la bella letra que, en mi abono,  
Ayer la oí cantar con dulce tono:

CANCION.

Más quiero la cabaña  
De mi pobre Dalmiro  
Que todos los rebaños

SÁFICOS Y ADÓNICOS.

Corre sin tasa, triste llanto mío,  
Y lleva á Filis la noticia infausta  
De que á las manos de su esquivo ceño  
Vivo penando.

Sepa que fiero su desden altivo  
Es el verdugo que mi corta vida  
Me va quitando, con penosa y lenta  
Muerte tirana.

Su duro pecho, parto de las rocas,  
Su ingrato genio, de las fieras hijo,  
Siempre me tiene con continuo y raro  
Largo tormento.

De mis lamentos y de mis suspiros,  
Que por la selva sueñan solitarios,  
Aprende nuevos ayes la viuda  
Tórtola triste.

Las agoreras y nocturnas aves  
Oyen con susto los confusos ecos  
De mis continuas desveladas quejas  
Toda la noche.

La blanca luna, la nocturna sombra,  
La aurora bella y el lucero claro,  
La luz del día y el dorado Febo,  
Me hallan llorando.

El recio golpe de la inquieta espuma,  
Que bate altiva las vecinas rocas,  
No hacen tan triste y espantoso ruido  
Como mi llanto.

La rota quilla de la infausta nave,  
Al fiero impulso del crecido viento,  
No es tan funesto temeroso acaso  
Como mi pena.

Ojalá, Filis, que jamás te amara,  
Que así mi pecho, lleno de fatigas,  
Ahora se viera, cual en otros tiempos,  
Libre y tranquilo.

No hay en el mundo mal tan cauteloso,  
Muerte ni daño ménos advertido,  
Como el tirano fiero amor, que astuto,  
Mata callando.

Con dulces gracias, en halagos tiernos,  
Al pecho brinda que se engolfa incauto,  
Y al fin ofrece con desden y celos  
Trágico sines.

El desconfia sin motivo alguno,  
Él se fastidia cuando más desea,  
Él aborrece lo que quiere fino,  
Y él es un caós.

Él se asegura y él se contradice,  
Él vitupera y él alaba á un tiempo,  
Él jura firme y él promete fácil,  
Y nada cumple.

Él se enfurece y él se desenoja,  
Él es amigo y enemigo á veces,  
Y la inconstancia para sus empresas  
Es su cimientó.

Solo mi triste pecho dolorido,  
Lleno de penas, de congojas lleno,  
Es, para darme repetidas muertes,  
Firme y constante.

¡Oh qué dichoso, quién de sus saetas  
Se libra cauto, se resiste fuerte,  
Y nunca prueba su eficaz y activo  
Dulce veneno!  
Ten piedad, Filis, de mi dura suerte,  
Haz venturoso mi cruel destino,  
Y ten por cierto que ántes que te olvide  
Faltará el mundo.

Acabé, y al momento alcé los ojos,  
Y vi á Filis, que atenta me escuchaba,  
Y por dar más aumento á mis enojos,  
De mis amantes ansias se burlaba.

DALMIRO.

Cada vez con tus quejas,  
A compasion de nuevo me provocas,  
Y admirado me dejas,  
Pues hallo que es de Filis (según veo),  
Para tu fiel deseo,

Del poderoso Anfriso.

Más estimo el nevado  
Vellón de su pellico  
Que las lustradas sedas  
De costosos tejidos.

Sin él tolo me falta;  
Con él, para mi alivio,  
Me surten estas gélvas  
De cuanto necesito.

Cuando su voz escucho,  
Desciende del oído  
Hasta mi amante pecho  
Todo el consuelo mío.

Con encarnado almagro  
Su nombre tengo escrito  
Sobre la blanca espalda  
De un tierno corderillo.

Muchas veces le leo,  
Y otras tantas repito  
La venturosa suerte  
De mi feliz destino.

El cordero, contento,  
Anda siempre conmigo,  
De mi halagüeña mano  
Vulcemente atraído.

Más vale mi cordero  
Que todos los apriscos  
De las mansas ovejas  
De estos amenos sitios.

Regalárselo quiero  
A mi amado Dalmiro,  
En prueba de lo mucho  
Que constante le estimo.

Cuando era corderilla,  
Él, liberal y fino,  
Me regaló la oveja  
Que le parió tan lindo.

Suyo será el cordero,  
Y en siéndolo, imagino  
Que será de mí entonces  
Aun mucho más querido.

Porque todas las cosas  
Que en estos valles miro,  
Como no sean tuyas,  
En nada las estimo.

Más deseo el reposo  
De su albergue pajizo  
Que los dorados techos  
De reales edificios.

En él gozar espero  
Mi descanso tranquilo,  
Cuando el dulce humeneo  
Enlace nuestros castos albedrios.

SILVANO.

Tú eres, Dalmiro, en todo afortunado,  
Al paso que yo soy tan desgraciado;  
Y en testimonio claro y verdadero,  
Oye el nuevo dolor que te refiero.

DALMIRO.

Cuenta, Silvano amigo, tus dolores,  
Porque suelen, contados, ser menores.

SILVANO.

El pié del rudo tronco de una encina,  
Sobre una tosca piedra reclinado,  
Enfrente de los restos de una ruina  
Que hay en lo más oculto de este prado,  
Para dar á mi pena desahogo,  
Cantaba con ahogo,  
En triste y ronco tono, amargas quejas,  
Infundiendo pavor á las orejas  
De todos los vivientes,  
Que en los valles contiguos  
Oían las dolientes  
Funestas expresiones  
Que esparcía mi voz por sus mansiones,  
En sáficos y adónicos antiguos;  
Oye la pena mía,  
Y el acerbo dolor que prorumpía: